

# Un fin del mundo

Oriol Esteve i Crespo

Él era un esclavo del argumento. Y este era implacable con él. Cada curva narrativa que el autor había pensado, cada suspiro superficial sin importancia o la reflexión más profunda que hubiese podido elaborar cristalizaba ahora, a tres páginas de distancia, en aquel desenlace inevitable: el final de todo y la muerte del protagonista que tanto había querido. Cada latido de su corazón era una palabra menos y yo sabía que aquel personaje iba a morir. Solo podía ser así porque así había sido pensado desde el principio del relato. Un pasado misterioso, la culpa, la redención, su monólogo final y la recuperación de la felicidad en el último momento. Un paso más, y otro... Yo leía sin poder parar, sabía que haciéndolo lo condenaba a una muerte terrible. Caminaba por la calle saboreando esas últimas páginas, a punto de apretar el gatillo, empujándolo al abismo con los ojos. La calle brillaba intermitente entre las sombras retorcidas de los edificios. El sol de septiembre parpadeaba intenso e impasible como la última explosión de una estrella moribunda. El verano agonizaba. Cada vez que abandonaba la penumbra, aquel brillo blanco y ciego transformaba el libro en un espejo reluciente que impedía la lectura. Una imagen reflejada. Y no quería volver a la protección de la sombra. Deseaba alejarme del espejo que permitiría consumir mi lectura y con ella, su asesinato.

-----

Cuando morí no pasó nada. Así tenía que ser, pero qué aterradora la certidumbre absoluta de que la existencia es así, tan corta, y luego punto. Recuerdo una conversación que había tenido con él al respecto: 'no soy importante para el universo, mi existencia es irrelevante', 'para mí sí lo eres, yo te escribo', replicaba. Él no acababa de entender que su existencia tampoco importaba demasiado ni, por supuesto, su opinión. Quizás sí lo entendió, ahora que lo recuerdo, tal vez todo el mundo entienda esto -es sencillo y aterrador-, o tal vez lo que nos pasa es que nos puede el engaño. Nada importaba que él se preocupase por mí, todo se iría convirtiendo en susurro, en recuerdo lejano, en olvido. En humo. Incluyendo el pasado de nuestras existencias y qué decir ya de nuestras opiniones, claro. El ensueño de la eternidad solo existe en la tinta que mancha el tapiz ficticio de nuestras inventadas realidades.

Desafortunadamente, para mí, la historia de la humanidad comenzaba una tarde de septiembre entre los reflejos de un sol intermitente y acababa, como a todo el mundo le pasa, en el instante en que el corazón dejó de latir. El punto y final. Después ya nada había. Nada existía. Y de pronto, en aquel segundo, todo estaba tan claro, todo tenía sentido, todo estaba inscrito en este mecanismo indiferente del que todo y todos formamos parte... por un segundo, todo era tan perfecto, tan bello y a su vez, tan lejano, tan vacío.

Durante un tiempo, en vida, me preocupé mucho sobre todo lo concerniente a la muerte. A mi muerte, únicamente, y ya no creo que sea un pensamiento egocéntrico sino el único sensato. Por lo que a mí respecta nuestra vida es la que le da sentido a la muerte de los otros; la pérdida se traduce en recuerdo en nuestra mente porque si lo hacemos es que vivimos. 'No pienses en estas cosas', decía, pero no me confortaban estas palabras. Para mí eran pura ironía. ¿Cómo no tenía que hacerlo si todo lo demás perdía su significado en este último momento? Estar aquí es fácil... lo difícil es dejar de estar. En fin, morir bien es la máxima expresión de un elaborado ejercicio de lucidez. Y yo no me morí bien. No había significado, nada compensó nunca el enorme esfuerzo que significaba *estar*, pero cuando dejé de hacerlo... ¡Ay! cualquier dolor, por infinito que hubiese sido se transformaba en recuerdo dulce porque todo se borraba para siempre en el instante siguiente. Este después hecho de nada, este punto y final, lo vaciaba todo de mí. A partir de aquí se acababa la página, entre el próximo segundo y el de antes de mi muerte se abría el abismo de una eternidad sin mí. O eso pensaba yo.

Supongo que lo que tendría que haber pasado, poéticamente, era que en mi última exhalación, cuando fuera ya demasiado tarde –como en cualquier final, haced la prueba-, darme cuenta que había amado cada centímetro del camino recorrido. Pero la verdad es que se hacía confuso este sendero, como si alguien lo hubiera escrito mal. Y lo conocía bien porque cada encrucijada, cada caída, los individuos buenos, los que no eran tan buenos y los malos, el engaño y la pérdida, el sufrimiento y la esperanza, todo y todos habían sido yo. Pero yo era solo una minúscula partícula de un universo al que le era indiferente y que, sin embargo, por alguna razón –tal vez sin razón, no sé- me había regalado una libertad temporal de la que, como a todos nos pasa, nos libera la muerte.

Lo único que podía hacer la existencia era entretenerme. Y no me entienda mal, cuando digo entretener lo hago con su fuerza absoluta, con todo lo que encierra la palabra. Entretener, gastar las horas, matar el tiempo. Asesinarlo. Todos lo malgastamos, no existe otra opción. Igual se entretiene el hombre que lee un libro, o lo escribe, como el recluso que ve pasar las noches detrás de sus barrotes. Dará lo mismo. Nada nos pertenece teniendo en cuenta cómo acaba esto, se lo digo yo, y mucho menos el tiempo o las palabras con las que lo rellenamos... la literatura con la que decoramos nuestras vidas es solo el biombo que cubre lo incierto. Son los lujos de nuestras almas. Y la ostentación es siempre eufemismo de vanidad. Que los cipreses solo se plantan en los jardines de los palacios y en las puertas de los cementerios. Y aún con todo está bien así. Este es el gran secreto que han buscado durante estos años nuestros escasos filósofos.

Tiene razón, he dicho que la existencia tiene un secreto, y usted cree que por esto solo, por tantear a ciegas el universo intentando encontrar algo ya lo justificaría todo. Pero creo que lo ha entendido mal: el verdadero secreto de la vida es que no hay secreto. Los misterios más íntimos entre la humanidad y la eternidad son lo evidente: nada.

Si lo encuentra frustrante es que no se ha parado a pensarlo, si lo hace verá que más bien es inevitable. No hay nada de malo en lo inevitable. De hecho es lógico, casi obligatorio, que uno desaparezca del mismo modo aleatorio que apareció.

¿Que le hable de cuando vivía? No sé si he vivido alguna vez, dirá lo que quiera pero creo que prefiero estar muerto a haber vivido. No se enfade, no es ninguna broma, se deja engañar por el miedo. Fíjese en los detalles verbales. Uno nos indica que ya no está mientras que el otro perdura hasta el infinito. La frase que lo define es 'seré eterno porque estaré muerto para siempre', piénselo. ¿Que viva en el ahora me dice? Y yo le contesto que el presente es lo único que no existe, que el presente es un lugar demasiado estrecho para poder quedarse, que solo hay pasado y futuro, recuerdo y deseo.

¿Ya se va? No, no. Por favor. Quédese. Quiero seguir. La última frase es siempre la más dulce, pero es la última. No se vaya. Si cierra el libro todo se oscurece. Quédese. ¿No ve que todo volverá a empezar entonces? Al fin y al cabo usted no es nada sin mí.

-----

Ya era de noche. Seguí el rastro amarillo de las luces hasta que desaparecieron y la luz líquida de una luna intensa empezó a cubrir aquél espejo disuelto en un océano azul oscurecido por la noche, como la tinta esparcida en una página en blanco. Y el cemento se convirtió en arena y cuando llegué al límite de mi vida y el agua del mar, paré.

Nunca nada hizo destilar en mí un ya comprendo tan extrañamente lúcido, tan cargado de verdad y realidad –si es posible que uno lleve al otro- como aquél momento que parecía una palabra. Y como todas las palabras era puro entendimiento.

Y entonces gané, porque todo en mí era cierto y a nadie tenía que complacer, ni a mí mismo. Me lo pidió: aún no, no se vaya. Quiero seguir. Quédese. Pero en ese instante ya todo era demasiado tarde. Entonces sucedió.

Y cerré el libro.